-Un soldado jamás dice verdad después de una derrota ni de una victoria: en el primer caso atenúa, en el segundo exajera.

-Pues atenuemos. señor Garrote, no hay otro remedio.

-Será mas tarde, lo que deseo es dormir un momento, descansar, he corrido ocho leguas mortales, y estraviando caminos; me parecía oir la voz de Galeana en los vericuetos... ese hombre es mi pesadilla... vamos que los dos no cabemos en este país.

-No sería malo que nos fuésemos y pronto.

-Señora, las mujeres á pesar de ser tan bonitas, á veces tienen talento; estoy por adoptar el consejo, mañana saldremos de Chilpancingo; entretanto, suba usted á la azotea y observe, porque el enemigo puede descolgarse cuando menos se espere.

La reverenda jamona fué á cumplir la orden del comandante que debería obedecer como un sultán, mientras este se entregó á la pesa-

dilla del sueño.

La señora vió llegar á Jacinto con el tío Blas y entrarse en una de las casas contiguas.

- Pobre hombre, està agonizando... ya comienzan á llegar los dispersos.

Efectivamente, se descubrían en la próxima montaña algunos soldados de la caballería que venían á todo escape impulsados por el pánico, habiendo dejado á los infantes, que todos cayeron en poder de los Bravos como despojos del primer encuentro.

Llegó la noche, que era oscura y tempestuosa, las tinieblas después de una catástrofe son el paño mortuorio que cae sobre el espí-

ritu acongojado.

La luz del relámpago; el azote de la lluvia; el trueno de las nubes, todo infunde un pavor desconocido, y es que el peligro deja sus huellas en el alma, como la tormenta en los bosques.

Ese terror no se explica, y los soldados le llaman simplemente perder

la moral.

Las almas pusilánimes, que por lo regular la tienen perdida, se desbandan á la hora del miedo; ¡los árboles les parecen gigantes, las nubes montañas que se desploman, la bóveda del cielo una gran campana que retumba sonora reproduciendo los ecos fatídicos de la noche, las sombras fantasmas y endriagos, y los hombres trasgos y demonios!

Todo esto pasa delante de su cerebro en una confusión espantosa

á la luz de una imaginación herida y susceptible.

Entónces la sangre se agolpa al corazón, la vista se anubla y el ser mezquino del hombre se presenta en una deformidad abatida, como una planta estrujada por el arado; ¡qué humillante es el terror!...

El comandante Garrote se despertò asorado cuando en las cam-

panas de su parroquia sonaba el toque de ánimas.

Había soñado que Galeana lo mandaba suspender de un pino y que los muchachos del pueblo le tiraban los piés.

-; Señora Gertrudis! ¡Señora Gertrudis!

-¡Qué se ofrece?

- No ha observado usted algo?

-Han llegado algunos soldados dispersos.

-; Ah cobardes! me la han de pagar.

-Vea usted lo que dice, esos hombres le van á servir en la retirada.

-Tiene usted razón.

Oyóse en aquel instante una gran detonación á la puerta de

-: Muerto soy! exclamó Garrote.

-! Galeana! respondió doña Gertrudis.

El comandante cayó á gatas en medio de la pieza.

La jamona y su señor permanecieron así algunos momentos en expectativa, y notando el silencio que reinaba en la calle, se atrevieron á asomar las narices por la ventana.

-Ya, ya sé lo que pasa, dijo Garrote, los buenos vecinos de Chilpancingo se divierten conmigo, y han arrojado esa bomba que estaba destinada para una fiesta religiosa, ya volveré y los escarmen-

-Señor, es necesario salir de aquí, todos son enemigos.

-Marchémonos, y como ya no ha quedado batallon con vida, desaparezcamos la caja, tome usted todo el dinero, empaquételo perfectamente, que al menos esto no se lo lleven los insurgentes.

La señora se arrojó como una fiera sobre la caja, y la dejó vacía en unos cuantos minutos, se conocía que no era el primer ensayo, porque su señor desplegó una grande habilidad en el manejo de caudales.

Los cohetes y las bombas se succedieron toda la noche no dejando un momento de calma al comandante, que al primo albore se marchó con la jamona y los dispersos á tomar cuarteles á la ciudad histórica de Tixtla.

## CAPITULO VI.

## Donde comienza la historia de la primera esmeralda.

I.

El hijo del tío Blas llegó después de una marcha trabajosa á Chilpancingo, llevando á la grupa de su caballo al infeliz viejo ya próximo

Detúvose á la entrada de una casuca, propiedad de un amigo

suyo, y llamó con precipitación.

-¿Qué pasa Jacinto?

-Ayúdame, Pablo, mi padre se muere.

Pablo sin aventurar una sola palabra, tomó en sus brazos al tío Blas y lo condujó á un lecho.

-Es una desgracia espantosa, dijo el joven, y ella tiene la culpa de cuanto pasa.

-¿Quién es ella?

-Nadie, haz llamar á un médico, porque mi padre está herido mortalmente.

-Jacinto, cuando te he visto partir de aquí con ese infernal de comandante, quise decirte algo; pero no me atreví por no parecerte sospechoso; pero en tu fisonomía turbada comprendí desde luego que iba á pasar algo muy malo.

-El destino, amigo mío, el destino, yo quería vengarme, y Dios

arroja sobre mi frente la sangre de mi padre.

-En fin, atendamos al enfermo, dijo Pablo, y salió en busca del médico.

El tío Blas estaba próximo á la muerte, dos balas le habían atravesado el pecho, y su existencia se apagaba por momentos, tenía una ánsia terrible.

De repente hizo señas de que quería hablar, Jacinto se acercó al lecho lleno de una pesadumbre sombría.

-; Padre, dijo sin poder contener sus lágrimas; perdóneme usted!

-Sí, yo te perdono... no eres culpable... estaba escrito... -Pero yo soy muy delincuente y Dios no me perdonará.

-¡Dios sabe todo más que nosotros, y... yo me muero!...

Arrodillóse Jacinto, y tomó entre sus manos la mano callosa de su padre.

-Jacinto... toma estos... papeles... están rotos por las balas y...

manchados de sangre...

Jacinto tomó la bolsa con los papeles, y volvió el rostro con desconfianza para los rincones y puerta del aposento, por si alguien le

-Eso debe de ser interesante... yo no he leido... verdad es que no sabía... pero al entregármelos me dijeron que.., peleara por la libertad... y... yo no he sabido hacer nada... por ella... yo te trasmito ese encargo.

Jacinto estaba perplejo, comprendía que aquellos papeles encerraban algo de sumo interés; pero el encargo del tío Blas le contrariaba, los Bravos estaban en las filas insurgentes, y él deseaba encontrarse con ellos y saciar aquel rencor injusto que se había apoderado de las fibras de su corazón.

Jacinto aborrecía á los insurgentes, y en las filas realistas encontraba cuanto podían esconder sus siniestras miras; así es que entró decidido, y comenzó por herir á sus benefactores como la víbora al labrador que le dió calor en su seno.

La fatalidad había señalado como la primera víctima á su padre; pero el joven comenzaba á tranquilizarse sabiendo que el destino lo impulsaba á la senda de la fatalidad.

Un letargo terrible babía acometido al enfermo, Jacinto creyó que su padre había expirado.

Pasados algunos instantes, el tío Blas volvió en su conocimiento; como una luz que recobra todo su fulgor primitivo para apagarse.

-Jacinto... Jacinto... quita de mi seno ese relicario.

El joven obedeció á su moribundo padre.

-¡Dentro encontrarás una piedra verde.., yo no sé lo que significa... pero la he llevado al cuello toda mi vida... consérvala y no la pierdas... sino con el último... aliento...!

Jacinto abrió con avidez el escapulario, se sorprendió al ver la esmeralda, y empezó á girar en su cerebro un mundo de dudas y de esperanzas, aquel misterio comenzaba á envolverlo en un velo de muerte; sin querer llevó la mano á su seno, y oprimió los papeles que le había entregado el tío Blas.

Interrumpióse el hilo de sus pensamientos al escuchar el estertor de la agonía, y fijó sus ojos espantados en el rostro cárdeno de su

En aquel momento entró Pablo con un médico, el único que probablemente había en Chilpancingo.

Acercóse el doctor, y al contemplar aquella faz descompuesta, y al escuchar el sordo ronquido de aquel pecho, se volvió á Pablo y

-Haga usted llamar á un sacerdote.

Las mujeres de la casa ya se habían anticipado; el cura del pueblo

se presentó á administrar la extrema-unción al enfermo.

Todos se arrodillaron durante la sagrada ceremonia; el párroco encomendó el alma al moribundo, que expiró entre las ánsias mas terribles.

Jacinto se arrodilló á su vez junto al lecho, y tributó el último homenaje de su piedad filial á aquellas cenizas veneradas.

Levantóse después sombriamente sereno; se sentó en un rincón del aposento, y veló la noche entera el cadáver.

## II.

Al amanecer se oyó un repique que anunciaba la fuga del comandante, y una gritería espantosa, porque Chilpancingo se declaraba por la insurgencia.

Jacinto estaba terriblemente comprometido; pero el joven no pen-

saba en el peligro que le amenazaba.

Una mujer del pueblo dió parte á los nuevos insurgentes, de que un realista de Chichilualco estaba en la casa de Pablo Dorantes.

La multitud se dirigió al instante al lugar señalado, para hacer un escarmiento.

El primer aviso fué el grito de "; mueran los realistas! .. dado en la puerta de la habitación.

Jacinto se levantó resuelto y abrió las hojas de par en par.

-Aquí estoy, dijo á la multitud.

-: Muera! repitieron los insurgentes.

-Estoy dispuesto, replicó el joven, pero antes pido una gracia.

-: Que hable! ¡que hable! dijeron los cabecillas.

-Señores, mi padre era insurgente, y acaba de morir atravesado por las balas de los realistas; aquí está su cadaver, no le nieguen una sepultura... ya pueden matarme.

Un grupo de pueblo entró en el aposento y vió al tío Blas muerto

y ensangrentado.

Aquel espectáculo era conmovedor.

4 — Los Insurgentes

Todos retrocedieron ante aquel cuadro de horror.

-Yo no me atrevería á matar á ese joven, dijo uno de los cabecillas; allí está su padre que ya está juzgado de Dios.

Ni yo me atrevería, dijo otro.
Al fin es hijo de un insurgente.

-Vámonos.

—Vámonos, exclamó la multitud qua cede á las órdenes del primero que habla, y se alejó el tumulto á seguir en los desórdenes del motin.

Jacinto condujo los restos de su padre al cementerio del pueblo, volvió á la casa de Pablo, montó en su caballo, y se dirigió á Tixtla, donde se estaban reuniendo los dispersos de Chichihualco.

Presentóse á las autoridades, que lo recibieron cordialmente dándole el mando de una compañía, y encomendándole uno de los puntos de la plaza más peligrosos.

El comandante esperaba ser atacado por Morelos y se preparaba á recibirlo, acumulando cuantos elementos de defensa pudo proporcionarse.

Cuando el desgraciado huérfano se encontró solo en el reducto, sacó los papeles que constituían la herencia de su padre; los desdobló con cuidado, procurando unir los fragmentos rotos por las balas; limpió la sangre, que había hecho desaparecer algunos renglones, y comenzó a leer con avidez las páginas del manuscrito.

## LA PRIMERA GENERACION

I.

Estamos en el campo y son las doce de la noche.

El lector no debe amedrentarse; porque la noche es apacible. No hay negros nubarrones en el horizonte, ni el viento ruje en el fondo de las barrancas, ni el relámpago fulgura iluminando el contorno de los cipreses, ni voces misteriosas cruzan por el espacio solitario dilatándose como un gemido.

No, la noche coronada de estrellas sonríe desde la altura, es la hora del silencio solo para los hombres; porque del seno del ramaje se escapa el eco armonioso con que saluda á su querida el nocturno trovador de las selvas; el cielo es trasparente; en la llanura se mece el girasol con el oleaje de la brisa.

Allá, á lo lejos, sobre el costado del monte, se ven unas cuantas lucesillas; es el pueblo; mas acá, los peñascos y los matorrales, después las siembras; hasta donde alcanza la vista.

Un hombre en pie, teniendo su caballo por la brida, permanece, como una estátua, en la estremidad de la vereda que conduce al pueblo. No da señales de impaciencia; pero su vista se clava con tesón en una de las casas mas cercanas.

Allí brilla una luz, después se apaga; después el hombre da un suspiro, y pudiera oirse el rumor lejano de una voz pura que se aproxima cantando.

Al oir ese canto, donde el gorgeo que remeda los sollozos, se mezcla con dilatadas notas que se estinguen gradualmente con la dulce lentitud de una cuerda, dejando en el alma la impresión de esos días de la juventud, que huyen para siempre, no pudiera dudarse que la voz reproducía los que la soledad, el amor y un presentimiento de su destino, inspiraba acaso á los antiguos bardos de la América.

Pasados diez minutos la misma voz hermosa pronunció ya más cerca estas palabras:

-: Don Pedro!

—¡Xochitl! dijo casi al mismo tiempo el hombre del caballo, tendiendo la mano á una joven india que acababa de aparecer á su lado... Xochitl, ha llegado la hora, adiós!

La joven inclinó la frente, llevó su mano al corazón y ahogó un sollozo.

—¡Oh! dijo el caballero, ¿dudas de mi palabra? ¿dudas de mi juramento?...

—Yo no vierto lágrimas por el esposo, dijo la joven sin levantar el rostro; ¿qué valen esas ceremonias que vosotros mismos miráis con